

# LA CREACIÓN.

Luis Carlos Bermeo Gamboa

hay agua. Apenas llevo dos años de graduado del bachillerato. El día del grado, en la ceremonia, no sé por qué, tuve un vértigo cuando los profesores, el rector, el padre Armando y dos estudiantes pronunciaban discursos de despedida con la misma frase al final: "la vida los espera". Yo lo entendía, porque en realidad no creo que haya vivido algo de importancia en mis seis años dentro del Colegio Santísima María Auxiliadora.

Mi vida comenzó, en realidad, a los quince años, después de la fiesta de quince de Zoraida, una compañera a la que yo le gustaba y había tenido ciertas rocas de labios y manos, sólo que su novio un patán, Julio, me amenazó. Fue como a las dos de la madrugada de un domingo que, un poco mareado por el ron, yo me encontraba tratando de correr hacia mi casa evitando que Julio y sus amigos me golpearan con piedras. Recuerdo ver un niño de unos nueve años que llevaba un palo de esterilla en la mano y gritaba más vulgaridades que cualquiera de ellos. Nunca volví a fiestas de barrio y dejé de ver a Zoraida, aunque a pesar de Julio, ella me buscó unas ocasiones más, pero no hay nada a lo que yo más tema que un marihuano deshonrado.

Tomo el cepillo dental, la crema y me dirijo al lavadero en el patio. La virtud de permanecer más de una década dentro de una casa, con menos de siete metros de profundidad y tres de ancho, me ha permitido recorrerla a ojo cerrado para que la luz de la mañana no me irrite, es decir, no me enfade y me tire el día. Palpo el tanque, ya me estoy arrepintiendo de salir, me estremezco al sentir el agua; el agua sucia con que mi padre se lava las manos llenas de tierra del mercado donde trabaja comerciando con papas y cebollas podridas, allí también cae todo el jabón salpicado desde el lavadero cuando bañan a la perra y lavan la ropa interior. En esta situación no puedo distinguir entre la taza de lavado y la baciniilla del viejo; un esquivo enigma del hogar, igual

sucede cuando voy a fritar un huevo y sale el maldito embrión. Mejor saco el agua con las manos. Entonces, a la cuenta de tres. Uno con este poco me saco los mocós, dos tomo otro poco para las lagañas y tres abro los ojos. Es decepcionante perderse ese escalofrío diario que produce el impacto del chorro de agua de la regadera; un bofetón como de duelo a muerte secándose del onirismo.

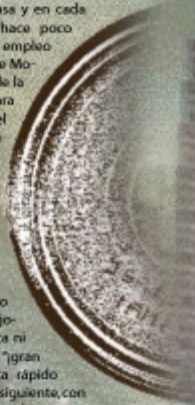
Días como este uno chocha por todas las trampas de la casa y en cada una hace carambolas, hace poco antes de conseguir el empleo - suena la registradora de Money - cerca de las ocho de la mañana, entro al baño para una larga sesión con el inodoro y The Howl men de T. S. Eliot. Después de una hora concentrado en vaciarme, escucho la marcha de alguien que sube las escaleras con urgencia, apenas iniciando el desalojo dentro. Era mi padre con la vejiga casi reventada, no abrí a pesar de los empujones que él dio a la puerta ni a sus honestas suplicas: "¡gran gievón!, abra esa puerta rápido que me moe!". La semana siguiente, con los pantalones empapados de orines y una aguda infección de la vejiga, don Pedro era conducido hacia el hospital por su hijo menor; el mismo con quien vive en su casa.

Luego de cepillarme los dientes y acabar de lavarme las axilas, las nalgas, los pies, las gúevias y el peno, a travieso del pasillo y con lo que me resta de agua en las manos me humedezco el cabello. El trabajo que conseguí, la primera vez, no lo busqué se dio solo de la nada y me encantaba. Yo más que servir cerveza en el bar de César, El Merendero, era el discómomo del lugar; con mis 14 años sabía más de Rock y Hard Rock que cualquiera de los aficionados que visitaban el único bar de ese género en el

Every year is getting shorter,  
never seen to find the time  
plans that either come to  
naught or half a page of  
scribbled lines  
hanging on in quiet  
desperation is the English way  
the time is gone the song is  
over, thought I'd something  
more to say,  
Pink Floyd, Time.

U nas segundas y se acaba la canción, ahora si me levanto, no puedo dejar que pase a la siguiente sin haber comenzado ha ducharme. The great gig in the sky, ¡bueno! Ojalá este choro venga tan calido y placentero como esta voz de recién parido, porque hoy me voy a trabajar y si eso no es nacer para un vago como yo, vuelvo la cara para decirle a mi madre: "si tenés razón vieja, deberías olvidarte que naci". Me duele desprenderme de mi casa y más de mi vieja, siento ganas de llorar como llora la canción.

¡Mierda de todos los gallos! No



pueblo. Era un mandamiento conocer a Led Zeppelin y decir en una charla-repetida: "después de la segunda guerra mundial no he escuchado explosiones de agresividad tan desconcertantes como en 'Babe, I'm Gonna Leave You', Inglaterra fue el mejor aliado del Rock pesado". Pero, a mí no me preocupaba tanto saber si en 1969 había nacido o no el Heavy Metal, o si el término había dejado de ser una expresión de la literatura Beat para convertirse en un estilo de vida como el del personaje de la novela de William Burroughs.

Los chicos Heavy Metal o metales eran en donde yo trabajaba, en realidad eran, la mayoría de los casos, charlatanes que aprendían como una lección de escuela las melodías de canciones reconocidísimas, luego llegaban al Merendero, las pedían insistentemente para terminar taralándola como un idiota, algunos hasta creían tocar en el aire una guitarra imaginaria. Yo siempre escuchaba, porque yo lo sentía, las más de las voces morir el Rock. Yo lo vivía y moría en cada canción, en cada verso cantado por Roger Waters o Robert Plant. A mí me parecía caminar sobre los solos de Clapton, o los de Page, iba rumbo a la libertad y al amor, en su música no había rutina y me hacía fuerte y feliz. Ese fue mi pago por tres años, ser feliz por las noches. El día dentro del Colegio, donde sólo aguardaba el último timbre, el de las seis y media para volver al Merendero, consistía en mirar mi cuaderno y escribir las canciones que pondría a sonar en la noche, también en simular prestar atención, incluso a mis compañeros cuando me hablaban, cuando no me quedaba dormido; tres grados perdidos fue el costo de dedicarme de lleno a la labor de discomano. Finalmente, mis tíos me pagaron un curso de música y me di cuenta que todo género es revolucionario y que Béla Bartók en su viaje por los paisajes de Hungría encontró el sonido del exilio antes de padecerlo.

Frente al espejo termino de ves-

tirme colocándome una corbata azul turquí, el traje también es nuevo; pantalón del mismo color del saco negro y camisa azul claro. Yo creo que trabajar no es ser productivo para la sociedad, así lo ven mis amigos y mi familia, creo que es el efecto de un sentimiento que guía a las personas hacia su propia satisfacción a través de un algo que lo expresa y que siempre estubo dentro de su vida, sólo opacado por la tendencia a la acción por producción y remuneración. Uno debe conocer su necesidad interna y poder transformarla en expresión innata por cualquier medio, así lo hizo Hendrix, fue un niño normal, fue un soldado normal, al que no se le mostraba la vida como eso y con una guitarra se transformó, sin pasos o escalones por una ruta, sin "que la vida lo esperara", en una nueva esencia de sí mismo y que los demás valoraron, así él encontrándose por completo, también descubrió una parte igual en el ser de todos y desde allí se unió a la sociedad que inicialmente no hallaba donde botarlo.

Escucho el Eclipse que pone fin a esa perla de 1973, Dark Side of the Moon, debido a esta música me escucho dentro del espacio, de otra manera mi mente estaría combatiendo por no dejarse deslizar por los ruidos que invaden mi habitación: en el radio de mi madre, con la interferencia de una estación local de música vallenata, se alcanza a reconocer la voz castiza de un seminarista de sacerdocio que predica en su nombre lo que una mujer de 55 años debe hacer para ser pudica y mantener la fidelidad, en tanto cinco automóviles en la calle frente a la casa, pitan por un afán absurdo de salir de los 20 metros de longitud que transitan, los dos perros desde su jaula en el patio ladran intensamente para que los saquen a cagar y mi padre gritándome que saque la basura antes de irme. Entonces me pongo bolsas plásticas en cada mano y agarro el bulto, lo saque de la casa con todo el cuidado posible para no ensuciar mi traje nuevo de trabajo, lo dejo en el andén recostado en un poste de energía. En uno de los Escoleros de Nicolás Gómez Dávila, alguien que leo no por ser filólogo, sino por hacer ver lo absurdo que es la verdad y que la vida está en un sistema donde lo bello es sinónimo

de felicidad. Él dice: "La madurez del espíritu comienza cuando dejamos de sentirnos encargados del mundo", yo crecí alejado de las responsabilidades y la soledad me ha hecho perder en los propósitos, por lo que soy lento y así camino mientras abandono mi hogar.

"Otro cuento raro en que te metiste", fue lo que dijo mi madre cuando le conté que había conseguido un trabajo, "¿un trabajo en otro bar? Para seguir vaguando" siguió diciendo, pero la convencí de que el trabajo era lo más acorde a mi vida, porque no lo había pedido, sino que se me presentó como mío y yo lo reconocí, además sentí que no podía hacer más que cumplir con mi responsabilidad. No sé cómo describirlo, no era un peso, era más bien una levedad y un vacío que llevaba el mismo tiempo que yo en el mundo. Supe desde ese instante todo lo que haría en el futuro, aunque ni siquiera lo había tocado, hasta ese día no fui tan solo y hoy creo que pierdo el tiempo hasta no empezar algo que sólo tiene importancia para mí, pero es el trabajo que elijo para mi vida. Para los que están a mi alrededor y como Theo Van Gogh leen aquí de su hermano desesperanzado "llegará un día sin embargo, en que se verá que esto vale más que el precio que nos cuestan el color y mi vida, en verdad muy pobre".

